



Todas las mujeres son potenciales presas de la agresión verbal, visual y manual masculina.

Acoso callejero en Lima

NICOLE GRIMM*

QUEHACER

A veces parece que el espacio público no es del todo público, como si hubiese algún pasaje o tarifa que las mujeres nos hemos olvidado de pagar a la hora de salir de nuestras cocinas para poder ingresar al territorio del macho que se respeta. Eso que a muchas les hace dudar de ponerse una falda corta el día que deben caminar un largo tramo o subir al Metropolitano se llama acoso callejero, y es un tipo de violencia en contra de todas nosotras. Lo peor de todo es que se trata de violencia de género, lamentablemente aceptada por todas y por todos. El hombre inseguro se siente regio porque es una manera fácil de asegurar su hombría, y la mujer no pocas veces asume que es normal, que es la multa que tiene que pagar por tener senos y caminar sola por la calle sin un hombre que la defienda, que la acompañe, o lo que sea.¹

Muchas de nosotras tenemos una lista mental bastante extensa de las calles que debemos evitar para no ser agredidas por los hombres que las transitan. Cuántas veces hemos debido acelerar el paso al darnos cuenta de que el hombre que nos silbó decidió seguir el chiste un rato más y aventurarse a mandarnos un “piropo” que, según ellos, jamás es mal intencionado. Lo peor de todo es que juran que nos están alegrando el día con esas cosas

que prácticamente nos escupen a medio metro de distancia.

Creen que nos gusta que nos digan “mamita deliciosa” o “abusiva” al cruzar una calle con un hermano menor; que contamos con esos “hola, gordita linda” al oído para poder sobrevivir el día a día; que se nos dibuja una sonrisa cuando al rechazar un taxi el conductor nos grita “cosita rica”. ¿Qué pretenden los taxistas que nos piropean al paso?, que dejemos todo lo que estamos haciendo y los sigamos gritando “¡espera, quiero que me hagas esas cosas que dices!”.

Por más que duela admitirlo, crecemos pensando que es normal ser agredidas en el espacio público, e igualmente los hombres asumen lo que se les debe hacer pasar a las mujeres cuando están en la calle. Esto proviene, lamentablemente, de nuestra cultura, donde la figura masculina es exaltada y se cree que todo hombre tiene derechos inherentes, como el derecho a una mujer. Siguiendo la misma premisa, ante los ojos de un hombre inseguro toda mujer tiene que convertirse en su asociada sexual, sin derecho a opinar sobre sí misma. La idea de que la mujer le pertenece al hombre, cualquier hombre, es lo que en mi opinión sienta las bases del acoso sexual callejero. La mujer es una atracción más de la calle que debe responder al deseo del hombre que la viola con la mirada y le dice lo que quiere, total es suya por convención. Si no está en su casa cuidando de la familia, lavando la ropa, cocinando y limpiando, entonces qué espera, pues acá en la calle

* Estudiante de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Lima.

1 Véase <<http://paremoselacosocallejero.wordpress.com/acoso-sexual-callejero/que-es-el-acoso-sexual-callejero/>>.

de los hombres, en el mundo cruel exterior del macho, es bocadillo de todos los antojados.

Hay que mantener a las mujeres “en su sitio”. En algunas tribus de las montañas de Nueva Guinea y del Amazonas los hombres realizan violaciones colectivas para poder tener a las mujeres en su lugar. “Domamos a nuestras mujeres con el plátano”, dijo un hombre Mundurucu.² Algo similar sucede a unos cuantos kilómetros más abajo, en donde las mujeres rebeldes nos hemos escapado de nuestros deberes en la cocina e ido a parar al territorio masculino. Nos castigan también no con violación colectiva (la mayoría de veces) pero sí con amenazas de hacerlo. Eso es el acoso callejero: una amenaza violenta de violación que diariamente experimentamos las mujeres al transitar por la calle, una especie de advertencia por osar invadir el lugar del hombre sin un hombre al que le pertenezcamos.

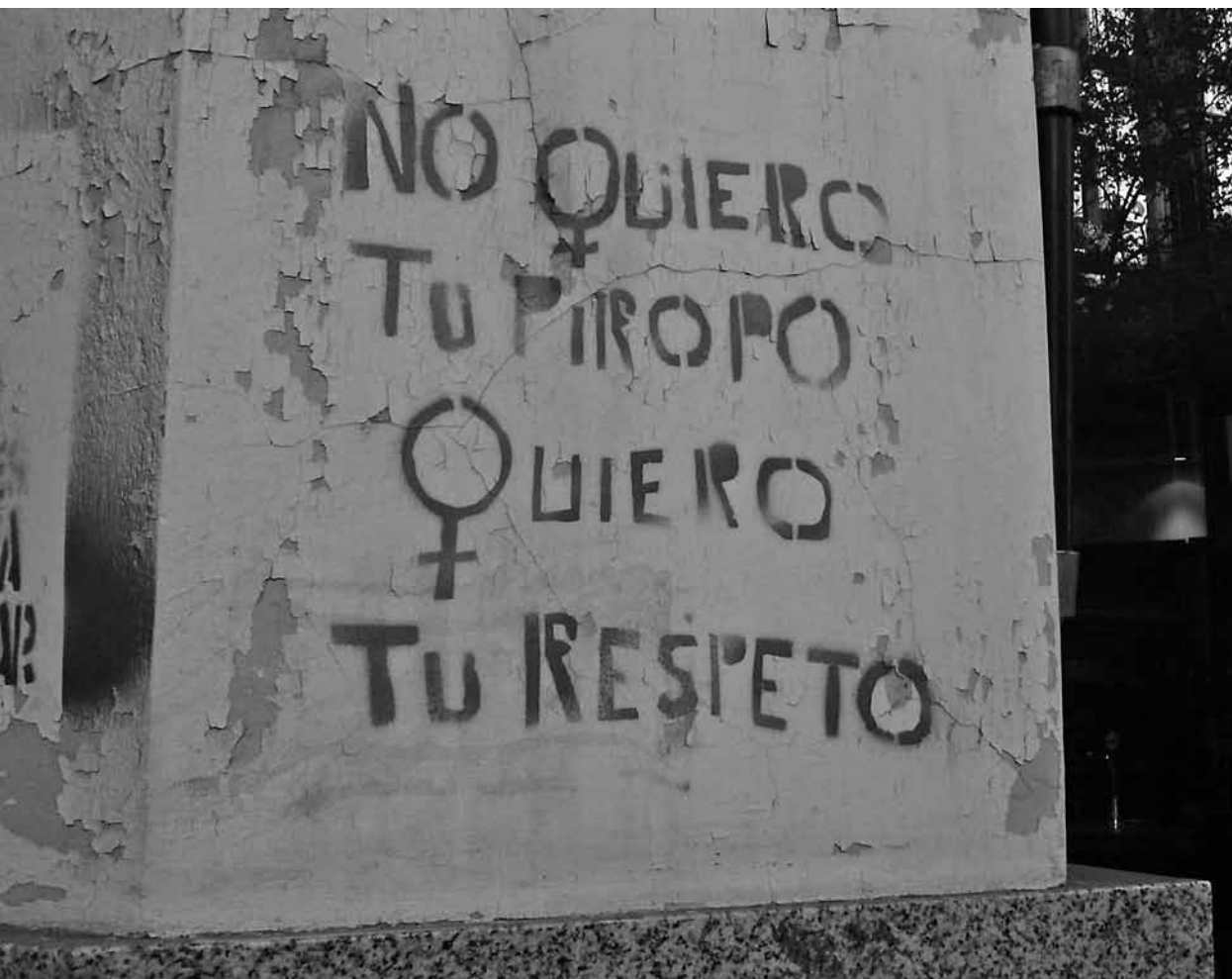
Una mujer es una mujer y solo es convertida en otras (doméstica, prostituta, etc.) en determinadas relaciones. Para poder entender esta resistencia transformada en violencia hacia la mujer, hay que tener en cuenta las bases culturales encargadas de relacionar a la mujer con “otras”. Primero está el elemento histórico cultural, que empezó a asumir que la “esposa” es uno de los derechos bien merecidos de un trabajador. Esa es una de las bases de la opresión sexual,

debido a que a la esposa que realiza el trabajo doméstico —criar a los hijos, encargarse del hogar, de la cocina, etc.— no se le remunera. Lo mismo cuando llega el momento de consumir el matrimonio, es lo que se espera de esta, hay todo un contrato social determinado. La mujer, derecho del hombre que trabaja, es una esposa, una doméstica, un objeto sexual y una niñera, producto social determinado y obtenido culturalmente.

Como somos mascotas domésticas, es obvio que ante los ojos de los hombres no debemos salir de casa, y si lo hacemos, debemos atenernos a las consecuencias, seremos carne de todos. Hay una aceptación universal de nuestra propia desvalorización. Adoptamos el mismo punto de vista cultural que nos confina al contexto de la familia doméstica cada vez que bajamos la mirada y nos quedamos calladas cuando sufrimos un ataque de este tipo. Muchos grupos en las redes sociales, como “Paremos el acoso sexual callejero”, promueven una contestación por parte de las mujeres. Tenemos que empezar a contestar y a crear presencia. Solo así los machos no nos van a pegar o manosear más.

Si estás montando bicicleta tranquila por la calle y un hombre que va pasando te grita: “Mamacita, cómo me gustaría ser el asientito de tu cleta”, en lugar de pedalear más rápido ¿no crees que sería mejor parar y mandarlo de vuelta a la creación del cosmos? No es que esté promoviendo una guerra de sexos, pero si los hombres nos avergüenzan para “mantenernos a

2 Tribu indígena brasileña de la ribera del Amazonas.



raya", por qué no avergonzarlos a ellos para que la próxima vez piensen dos veces antes de molestar o manosear a una mujer en plena vía "pública".

Cuántas de nosotras nos hemos muerto de miedo al pasar junto a una obra de construcción. El mismo grupo "Paremos el acoso sexual callejero" ha estado dando charlas a albañiles sobre el tipo de violencia al que someten a las mujeres, la que es una manera muy inteligente

de aproximarse a la problemática. Otra solución, dejando de lado los insultos, es quejarse directamente con el jefe de la obra (aunque muchas veces estos se rehúsan a tomar medidas).

Como informa un estudio realizado en la ciudad de Lima, las consecuencias de los actos de estos agresores son la rabia y la frustración por no poder acusar o denunciar debido a que nadie nos toma en serio. Evitamos también vestirnos

de cierto modo o utilizar determinadas prendas para reducir las posibilidades de ser agredidas y manoseadas, pero todo sigue igual. No podemos caminar tranquilas, estamos en estado de alerta y tensión constante si nos cruzamos con grupos grandes de hombres (al parecer en manadas se les desborda la testosterona).³

Desalienta que grandes compañías utilicen la violencia hacia la mujer en el espacio público como una manera creativa de promocionar su marca. Esto fue lo sucedido con Kotex, que publicó un aviso publicitario que recomendaba a las mujeres distintas maneras de lidiar con una situación típica de acoso sexual callejero: o te ríes de la situación y sigues tu camino, te paras y lanzas una mirada matadora al que te piropeó, o sacas tu lápiz de labios de la cartera, te pintas la boca y le mandas un beso volado. Gracias por los consejos. La sociedad que dice que se le tiene que seguir el coqueteo al agresor es la misma que culpa a las mujeres por su vestimenta a la hora de evaluar un caso de tocamientos indebidos o hasta de violación. Ninguna mujer tiene, bajo ninguna circunstancia, la culpa de ser manoseada por un hombre, no importa si salió en un *short* minúsculo a la calle porque tenía calor. En lugar de hacer que las mujeres se vistan lo más pudorosamente posible para no ser agredidas, se le debería enseñar a

los hombres a no sexualizar de más cualquier parte femenina expuesta con la que se crucen. Como mencioné antes, los hombres se sienten con todo el derecho del mundo de tocar a la mujer que se aparece en minifalda. Si se ha vestido así es para captar mi atención. No, mil veces no. Esta idea es alimentada por la cultura, que desde hace siglos sitúa al hombre primero en la escala de trascendencia y a la mujer en un escalón inferior de la organización social/cultural. Se supone que el hombre arriesga la vida cada vez que sale de casa y se aventura para abastecer de comida a su familia, pero los roles se han invertido: son las mujeres las que se arriesgan al salir de casa, y no se les reconoce como a los anteriores.

Aún hace falta mucho trabajo para que tanto los hombres como las mujeres dejen las creencias machistas de lado y las sustituyan con nociones de igualdad de género. Nadie puede ser excusado si agrede a una mujer en la calle, no hay razones que perdonen la violencia de género en el espacio público, mucho menos está disculpado manosear a una mujer en un microbús. Las mujeres que aceptan este tipo de comportamiento y se quedan calladas o bajan la cabeza ante tales injusticias están tomando el lado del agresor. No hay que ser pasivas ante situaciones de violencia. Es cierto, el machismo corre por las venas de la sociedad, pero si se levanta la voz de vez en cuando se puede ir controlando. ■

3 Véase <<http://paremoselacosocallejero.wordpress.com/observatorio-virtual/resultados-del-estudio/>>.